

<<

Cargados por fin de clavo volvían las dos únicas naves supervivientes en el tornaviaje. Una hacía el este, como hubiera hecho Magallanes, intentando arribar a Panamá, otra hacía el oeste hacia el cabo de Buena Esperanza, ruta más conocida y fácil (o menos dificultosa al menos que la que acababan de vivir).

La primera fue capturada por nuestro vecinos de península y nunca regresó aunque su capitán, Gonzalo Gómez de Espinosa, llegó a España casi seis años después.

La segunda, tras mil desgracias (¿Qué no es contrario en la tierra, que no nos lo sea mucho más en la mar. Es nos contrario en la tierra el hambre, frío, sed, calor, fuego, fiebres, dolores, enemigos, tristezas, desdichas, y enojos, las cuales cosas todas padecen dobladas los que navegan por la mar, y más, y allende de esto, navegan los tristes a merced del viento que no los trastorne, y de la espantable agua no los ahogue. (*El Arte de Marear*, Antonio de Guevara, 1539), llegó a Sevilla donde nadie esperaba ya a los dieciocho hombres que culminaron la expedición tres años después de su partida. Aún así, consiguieron traer 750 quintales de clavo, que es a lo que les mandaron, lo que hizo al viaje mínimamente rentable (el ya emperador recuperó su dinero).

Eran hombres de carácter firme, recios, indomables, cumplían las órdenes.

Elcano escribe a Carlos V y le solicita el hábito de Santiago, un signo de nobleza, y una pensión, entre otras cosas. Para ello aduce: "Mas sabrá su Alta Majestad lo que en más avemos de estimar y temer es que hemos descubierto e redondeado toda la redondeza del mundo, yendo por el occidente e viniendo por el oriente". A Juan Sebastián Elcano se le concede entonces un escudo de armas en el que se representaba unas plantas de especias y un globo terráqueo con la leyenda *Primus circumdidest me*, además de una pequeña pensión que nunca cobró.

Al resto de la tripulación ni a las familias de los fallecidos, nada. El marino de Guetaría murió en otra expedición que se organizó en 1525 para socorrer a los marineros de la Trinidad que quedaron en la Especiería. No consiguieron su objetivo pero aquellos hombres fueron volviendo, muy pocos, a España.

Ni siquiera está claro que fueran los primeros en dar la vuelta al mundo. Algunos dicen que Magallanes ya había estado en Luzón, donde murió, por lo que habría completado la circunferencia antes que nadie. Otros, añaden, que el esclavo del almirante, Enrique de Malaca, era natural de esas islas y que, por tanto, con seguridad él era el primer navegante en completar la vuelta al globo. Quizá algún otro tripulante era de más al oeste, ¿quién lo sabe? Para enredar más el asunto el gobierno chino apuesta por el navegante Zheng He que lo habría hecho unos años antes. En fin, vanidad de vanidades, solo vanidad.

La expedición, que como apunté ya nunca se organizó para dar la vuelta al mundo, fue un fracaso por el costo en vidas humanas, quizá murieron unos ciento cuarenta o ciento cincuenta, y el sufrimiento de tantos hombres sin que tuviera ninguna consecuencia positiva para España. Pero se puede inscribir en el libro de oro de las hazañas náuticas.

El tesón y la capacidad de luchar contra los elementos de aquellos marinos para circunnavegar el mundo es indudable. Sin su coraje y valentía el mundo no hubiera constatado hasta muchos años después que es redondo.



El Diario de Antonio PIGAFETTA

Su emoción se desborda al relatar la muerte cruel de Magallanes en lucha con los nativos de la isla filipina de Mactán en abril de 1521 ■ El eje fundamental de su crónica viajera reitera la hostilidad entre españoles y portugueses

JUAN GÓMEZ BONILLO

Francesco Antonio Pigafetta (Vicenza, Italia, 1480-1534), fue un hombre afortunado. Él mismo lo reconoce reiteradas veces en su *Relación del primer viaje en torno al globo*. Había venido a España en el séquito del nuncio apostólico en la corte del emperador Carlos V, monseñor Cericato, en

cuyo trato nuestro hombre tuvo conocimiento de culturas lejanas recién descubiertas y de las novedades en el arte de la navegación. Todo ello encendió su afán de fama y notoriedad.

No bien se hubo enterado de la expedición que el navegante portugués Fernando de Magallanes preparaba para abrir

>>



Dibujo de un encuentro de los marineros españoles con nativos de una isla del Pacífico. (●) LP-DLP

<<

una ruta por el oeste a las islas Molucas, cuando obtenida la correspondiente autorización de su mentor, y del propio emperador, Pigafetta se enroló en la nave *Victoria*, como sobresaliente, lo que le permitió poder escribir un diario en el que se propone reflejar las incidencias del viaje y cuantas circunstancias juzga dignas de mención de los pueblos que encuentran a su paso.

Pigafetta no es un antropólogo, ni un etnógrafo, ni siquiera intenta ser riguroso en las descripciones. Pero sus anotaciones tienen la frescura de lo inmediatamente observado. Nuestro autor anota lo que ve y lo que oye contar sin más crítica que alguna muestra de complacencia, sorpresa o ironía.

Subraya Pigafetta en su crónica como eje fundamental la hostilidad entre españoles y portugueses. En realidad esa era la razón del viaje, buscar una vía alternativa a la portuguesa para llegar a las Molucas. Señala el autor que los portugueses habían falseado las coordenadas de las islas para dificultar cualquier llegada. Incluso refiere que es de temer una revuelta en la expedición por ser Magallanes portugués y el resto de los capitanes españoles. Y algunas hubo que el almirante cortó de raíz.

La admiración de Pigafetta por Magallanes recorre las páginas del diario de principio a fin, pero es en el relato de su

muerte cuando su emoción se desborda. El extenso relato de este hecho parece un guión cinematográfico, donde no hay ni el más mínimo detalle olvidado de una acción trepidante. Él intervino directamente en esta escaramuza de tan trágico final. Fue

el 27 de abril de 1521 en la isla de Macán, en las Filipinas.

Uno de los jefes de la isla, Cilapulápiz, se negó a reconocer la autoridad del rey de España, ni quiso pagar tributo y guardaba una actitud hostil hacia los miembros de la expedición. Magallanes decidió ir personalmente a darle un escarmiento. Transcribo alguno de los párrafos donde lo cuenta: “Esperamos efectivamente el día y saltamos entonces en tierra con

El cronista italiano de la travesía no es un antropólogo, ni un etnógrafo, ni siquiera intenta ser riguroso en sus descripciones

Fue uno de los 18 afortunados que completaron el viaje, y entregó después al rey Carlos I el diario de la aventura

muerte cuando su emoción se desborda. El extenso relato de este hecho parece un guión cinematográfico, donde no hay ni el más mínimo detalle olvidado de una acción trepidante. Él intervino directamente en esta escaramuza de tan trágico final. Fue

el agua hasta los muslos, no habiendo podido aproximarse las chalupas a la costa a causa de las rocas y de los bajíos. Éramos en todo cuarenta y nueve hombres, habiendo dejado once a cargo de las chalupas, y siéndonos preciso marchar algún tiempo en el agua antes de poder ganar tierra.

Encontramos a los islenos en número de mil quinientos, formados en tres batallones, que en el acto se lanzaron sobre nosotros con un ruido horrible, (...), nos arrojaban nubes de lanzas de cañas, de estacas endurecidas al fuego, piedras y hasta tierra, de manera que nos era muy difícil defendernos. Hubo aun algunos que lanzaron estacas enastadas contra nuestro comandante, quien para alejarlos e intimidarlos, dispuso que algunos de los nuestros fuesen a incendiar sus cabañas, lo que ejecutaron en el acto. La vista de las llamas los puso más feroces y encarnizados (...). Su número parecía aumentar tanto como la impetuosidad con que se arrojaban contra nosotros.

Una flecha envenenada vino a atravesar una pierna al comandante, quien inmediatamente ordenó que nos retirásemos lentamente y en buen orden; pero la mayor parte de los nuestros tomó precipitadamente la fuga, de modo que quedamos apenas siete u ocho con nuestro jefe.

Habiendo notado los indígenas que sus tiros no nos hacían daño alguno cuando los dirigían a nuestras cabezas o cuerpos, a causa de nuestra armadura, pero que teníamos sin defensa las piernas, en adelante sólo dirigieron a éstas sus flechas, sus lanzas y sus piedras, en tal cantidad que no nos fue posible resistir. Las bombardas que teníamos en las chalupas no nos servían de nada a causa de que los bajíos no permitían a los artilleros aproximarse a nosotros (...). Como conocían a nuestro comandante, dirigían principalmente los tiros hacia él, de suerte que por dos veces le hicieron saltar el casco de la cabeza; sin embargo, no cedió, combatiendo nosotros a su lado en reducido número. Esta lucha tan desigual duró cerca de una hora. Un isleno logró al fin dar con el extremo de su lanza en la frente del capitán, quien, furioso, le atravesó con la suya, dejándosela en el cuerpo. Quiso entonces sacar su espada, pero le fue imposible a causa de que tenía el brazo derecho gravemente herido. Los indígenas, que lo notaron, se dirigieron todos hacia él, habiéndole uno de ellos acertado un tan gran sablazo en la pierna izquierda que cayó de bruces; en el mismo instante los islenos se abalanzaron sobre él. Así fue cómo pereció nuestro guía, nuestra lumbrera y nuestro sostén...”

Si bien es este hecho el que recibe más atención, el diario nos muestra un panorama de los aspectos geográficos, de la fauna real o fantástica, de la flora (especialmente de las plantas que producen las especias, que al fin

y al cabo eran el objeto deseado), pero sobre todo, aspectos antropológicos de los pobladores de los lugares visitados, enormemente curiosos y ante los que a veces muestra sorpresa o complacencia.

En el diario abundan las referencias a las relaciones interpersonales, jerarquías de poder, costumbres de los grupos, y comportamientos sexuales, dejando traslucir el fácil acceso de los expedicionarios a las mujeres nativas. Cuenta que a menudo subían al barco a ofrecer sus servicios a cambio de baratijas. Pero solo las solteras porque una vez casadas no permitían un gesto de cariño en público ni a sus propios maridos (esta práctica está hoy extendida por todo el mundo).

En otra comunidad indígena cuenta nuestro autor, entre sorprendido y jocoso, una variante del cortejo de los jóvenes a sus novias: cuando iban a visitarlas se ponían un cascabel en el pene. En este caso no da razón alguna de esta conducta.

El hecho más sorprendente en este terreno lo encuentra en una isla del Pacífico: “Estos indígenas andan completamente desnudos, sin más que una tira de palmera que les cubre sus órganos genitales. Todos los hombres, tanto jóvenes como viejos, llevan el prepucio cerrado con un pequeño cilindro de oro o de estano, del grueso de una pluma de ganso, que lo atraviesa de alto abajo, dejando al medio una abertura para el paso de la orina, y guarnecido en los dos extremos de cabezas parecidas a las de nuestros clavos grandes, los cuales también, a veces, se ven erizados con puntas en forma de estrellas. Me aseguraron que no se quitaban jamás esta especie de adorno, aun durante el coito; que eran sus mujeres las que querían eso, siendo ellas las que preparaban de este modo desde la infancia a sus hijos: pero lo que hay de cierto es que, a pesar de tan extraño aparato, todas las mujeres nos preferían a sus maridos... (parece que hoy día algunos usan un piercing en la misma zona para imitarlos).

El martes 9 de septiembre de 1522, y después de catorce mil millas recorridas, Pigafetta salta a tierra en Sevilla con el corazón agradecido por ser uno de los 18 afortunados que pudieron dar cumplimiento a esta hazaña. Desde allí marchó a la Corte de Valladolid. Allí escribe:

“Presenté a la Sacra Majestad de don Carlos, no oro ni plata, sino cosas que eran a sus ojos mucho más preciosas, así le obsequié un libro escrito de mi mano, en el cual había apuntado día por día todo lo que nos había acontecido durante el viaje”.

*La crónica de Pigafetta se puede encontrar, de forma gratuita, en la dirección: <http://redmundialmagallanica.org/wp-content/uploads/2015/09/PIGAFETTA-Primer-viaje-alrededor-del-mundo.pdf>